

TÚNEZ



Campamento tunecino

Más allá de la estación del ferrocarril juguete, anuncia el pabellón de Amer Picón la proximidad de las arideces africanas. Muy luego, de un círculo de bronce inmóviles, con uniforme turco, parte un vago y agudo gangueo de clarinetes al monótono compás de un tambor, y á espaldas de un fortín de yeso abigarrado de banderas, donde se oye un eco atenuado de la misma chillona música, resuenan dis-

paros de fusil y flota entre dos árboles una faja de roja cotonada con este anuncio: TÚNEZ.

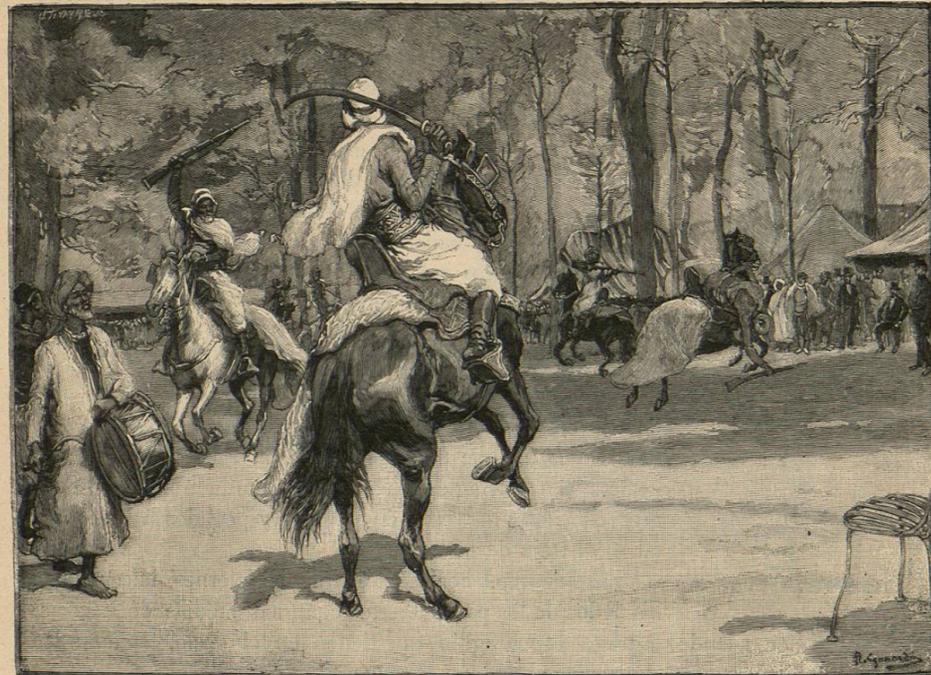
En estos cien metros cuadrados de la arena de los Inválidos, hemos recorrido, figuradamente, sitios salvajes de Kabilia, y á la orilla, tres casas de ladrillo crudo significan el tránsito de la vida nómada á la vida sedentaria.

El fortín-café, sus cestas de almendrados y sus mosqueros hacen presagiar la prosperidad colonial, las experiencias administrativas, la domesticación de una raza terrible y refractaria, guerrera y voluptuosa, cuya mímica de batalla y de pasión hace temblar las maderas y yeso pintado, pared medianera del pacífico Tunez.

Debajo del palacio diplomático, á la sombra de ese oquedal verdinegro y tristón que tan bien completa los muros del muelle de Orsay y de las viejas piedras del palacio de los Inválidos, cuya dorada cúpula acentúa aun el carácter de fastuoso sepulcro, se alzan unas tiendas de piel de camello con fajas pardas y negras como viejas alfombras de escalera, ó blancas enteramente con rojas medias lunas.

En un espacio medianamente largo y muy estrecho, ceñido por cuerdas, evolucionan para una multitud que se atropella aguzando el cuello algunos jinetes de albornoz y turbante, armados de espingardas, que se ven girar en el animado cuadro del orientalismo romántico.

Estos jinetes ejecutan con una precisión de reloj una pequeña fantasía para las familias, corriendo á galope tendido en medio de una nube de humo y polvo, hasta donde les permite el estrecho corredor, donde gastan la ración de pólvora, que les asigna la administración.



La fantasía

Después desaparecen tras sus tendidas lonas, ó van á tomar aperitivos á los cafés limítrofes, y el curioso que se retarda pensativo abriendo la imaginación al arte y á la historia, no ve ya al lado de una gran tienda, sino un tonel monumental abandonado allí tan singularmente entre los fieles sectarios de Mahoma.

Pasado el kiosco del *Bálsamo de las Cruzadas*, que una joven de reluciente tocado y de volubilidad extraordinaria proclama soberano contra las arrugas y otras injurias del tiempo, se tiene la elección entre el examen de la industria de arte tunecino, resumida en un bazar de yeso fresco, con ventanas rojas y verdes, y los placeres ocultos en una cerca de tablas del café tunecino, á que atrae una música gimiente, y acaso más estas palabras escritas en un trasparente rojo:

«Aquí se ejecuta la danza del vientre.

»¡Siete bailarinas indígenas!»

Se precipita uno entonces, entrega un franco en manos de un efebo en calzoncillos blancos y albornoz oscuro, y muy luego nos encontramos tras la espesa cortina que veda el Edén tunecino á todos los que no dan un franco.

La gente encuéntrase allí bajo los grandes árboles, los árboles de la explanada, un poco adornados con grandes linternas de hojalata con cristales de color. El cuadro de árboles y de arena está lleno de mesitas y escabeles de madera pintada de carmín con



Bailarina tunecina

palmas y hojas doradas, en que se posan pájaros azules y pájaros verdes y pájaros de otros colores.

Al rededor del café al aire libre corre una galería cubierta, tapizada de telas rayadas, en una confusión de los mismos veladores, escabeles y divanes.

Enfrente de la entrada está dispuesta la escena. En el fondo dos espejos de marco dorado, un diván de sarga abigarrada en que se acurrucan tranquilamente, pegadas unas con otras, las siete bailarinas del anuncio; y al extremo de la hilera, dos músicos indígenas, vestidos de calzones cortos y follados y de matices indefinibles.

Las bailarinas visten el traje tunecino, cuyo corte, á pesar de los colores vivos y de las telas ligeras, despierta el recuerdo de los lapones. Unos calzoncillos de algodón blanco más justos que pecadores, una blusa de color de cereza, violeta ó azul, que flota libremente al rededor del cuerpo y cae hasta las ingles, y un pañuelo bordado sobre los negros cabellos, lustrosos de pomada y pegados á la frente: tal es el traje de las tunecinas.

Las bailarinas bostezan, estiran las piernas, hacen jugar los dedos de los pies cubiertos con finas medias de Escocia,

toman de vez en cuando un trago de mazagrán, que tienen en el suelo, espantan las moscas y cambian entre sí algunas palabras que suenan un tanto á roncas.

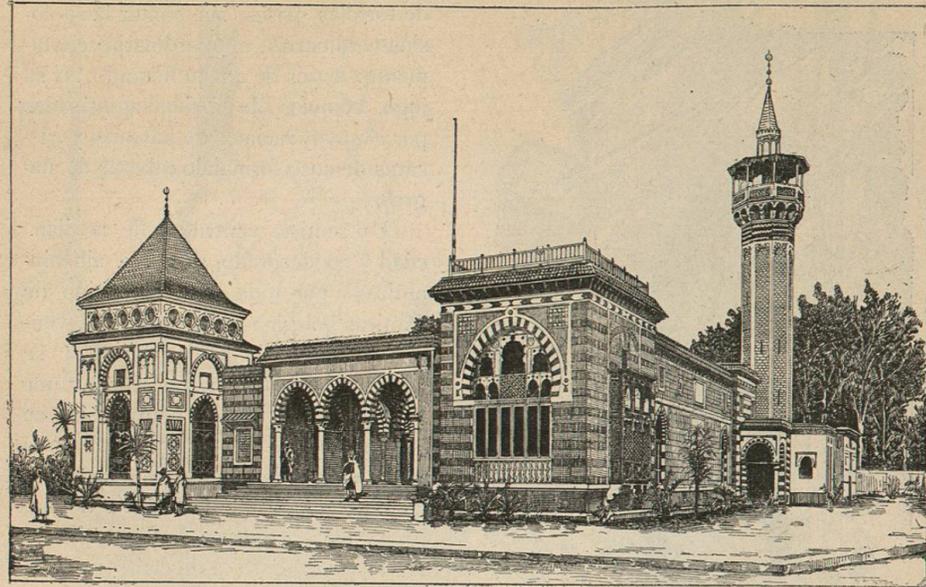
Después dirigen á los curiosos que las examinan con insistencia infantil ó maliciosa, siempre molesta, miradas indiferentes no exentas de burla. Sus rostros son llenos, casi redondos, morenos, pero sin tipo caracterizado, de esos rostros asiáticos mezclados, que no tienen nada de la fina delgadez, del perfil acentuado, del hueso saliente del árabe puro. Tipo de un exotismo cruzado, empastado, sin verdadera raza.

El son de una campanilla eléctrica saca en fin á toda esta gente de su abstracción.

Los dos hombres del estrado toman, el uno su bandolín de voces indistintas, y el otro un violín europeo casi afónico. Fuera de la escena, un mahometano, envuelto en su albornoz, saca su hocico de cabra del vaso de ajeno que saboreaba y se pone á tocar en el piano una breve melopea árabe. El violín sigue gimiendo y el bandolín zumbando como un insecto gordo. Las bailarinas repiten la frase diez veces, veinte veces gangueando y acentúan el ritmo llevando el compás en tamboriles, que son potes de barro cocido y barnizado cuyo fondo sonoro es una piel estirada mal que bien.

Luego cambia el tema y se acentúa más. Una de las bailarinas se levanta y da al público inmóvil, que la sigue con ávidos ojos, la manera tunecina de la danza del vientre. Comienza ésta por un contoneo, algunas vueltas lentas y uno ó dos saltos de cabrito, á la vez que con dos pañuelos bosqueja en el aire la bailarina á manera de rúbricas. Después toma los pañuelos entre los dientes, se echa las puntas á la espalda, y libres las manos, las pasa rozando ligeramente el pecho hasta la orla de la corta blusa, que levanta un poco, imprimiendo entonces cierto movimiento á las caderas y á los muslos.

El movimiento descubre y hace rodar un pompón de púrpura y oro que vibra y se estremece á la vista, hasta que á otro movimiento seco y repentino se desprende del



El palacio de Túnez

cuerpo como disparado por un resorte. Experimentase la sensación de recibir en medio de la cara una borlita de polvos lanzada por vía de juego. La bailarina se detiene en este punto, saluda con una ligera inclinación de cabeza y una sonrisa solapada, y vuelve á acurrucarse.

La danza del vientre ha terminado.

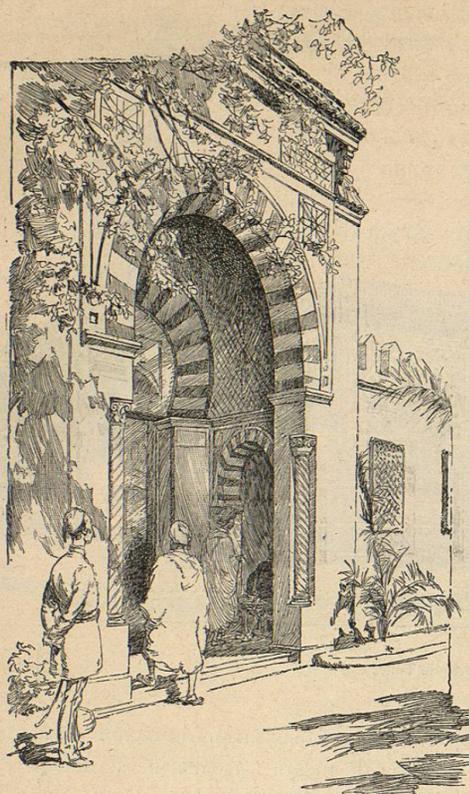
Se sale de allí recordando los anatemas de Tertuliano contra los espectáculos, santa indignación encendida acaso por las danzas de las tunecinas de su tiempo, y se explica sencillamente la carta del obispo de Marsella denunciando á su clero la Exposición, como una apoteosis del sensualismo.

A derecha é izquierda el sensualismo salta á los ojos — puertas del alma, decía Tertuliano — bajo las más tentadoras y variadas formas. He aquí la tienda de los vendedores de alcuzcuz, la de los cacharrereros de barro y vidrio pintado y dorado, la de una vendedora de abanicos y curiosidades, y la hilera de tiendas del *suk*.

Nos solicitan desde luego dos panaderos africanos que, cantando una vaga melopea, amasan prolongados helmintos de harina empapada en aceite, que al freirse, se retuercen en grasientas espirales.

A algunos pasos de este puesto, una tunecina rubia, maravilla más rara que la cigüeña negra, vestida de cantinera de un batallón de opereta, nos interpela desenvueltamente y se desvive por ofrecernos con sus flexibles dedos cigarrillos tan rubios como ella.

Formando pareja con ella á la puerta de una tienda de baratijas, una buena moza vestida de blusa corta y calzoncillos blancos, que tan justos como pecadores ahora, muestran bien á las claras sus torneadas piernas, nos exhibe las cosas más chuscas, entre otras



Puerta del Suk

vista en medio de aquella nitidez del enlucido.

Las tiendas se abren por dentro y por fuera bajo una bóveda de poca altura alumbrada por claraboyas y cuya media luz da la ilusión del fresco. Estas tiendas son las mismas donde quiera que el oriental reposa con sus piernas cruzadas; tienen las mismas dimensiones, el mismo aspecto, el arreglo mismo en Túnez que en el extremo de África, en Tánger, ó en las últimas callejuelas musulmanas de Sofía, en la avanzada de Europa.

Es un estrado cubierto de esteras, abrigado por una tabla saliente, en el cual trabaja y vende á la vez el propietario entre sus herramientas y sus objetos á medio fabricar.

Al lado de una estrecha vitrina en que se exhiben sobre un terciopelo viejo las planchas y filigranas de pesadas joyas de plata, repuja el artífice la hoja de metal, que, una vez cincelada, será broche, brazaletes ó adorno de pecho. La tiene sobre una lámina de cera y con el punzón graba en hueco la delgada hoja de plata trazando los adornos sumarios de un diseño tan antiguo como el Islám.

Bajo otra ventana, un viejo mercader mudo y del género digno exhibe á los curiosos, veladores y escabeles de madera negra con incrustaciones de nácar, que parecen hechos en trozos de turrón al caramelo; mientras que en el estrado de enfrente un bufón negro y picaresco enseña abanicos que se irradian al rededor de un espejo de pacotilla, abanicos de fibras trenzadas, cuadrados como banderas, abanicos de palma en forma de hacha,

ibis disecados y mosqueros de plumas de tórtolas grises, sin contar las golosinas ordinarias, muy ordinarias ciertamente: trozos de anana flotando en su jugo, cúmulos de dátiles aglutinados por el suyo, racimos de bananas y cáscaras de coco formando cabezas de negros...

Un rentista ventrudo, de mediana edad y condecorado, se sienta allí hipnotizado por toda esta seducción de exóticas golosinas y de traje. Y la vendedora suelta de genio y de ropa, se desliza á la cordialidad familiar por una propensión de espíritu invariable en ciertas mujeres. Muy luego pone en la mano del rentista uno de los cocos esculpidos en forma de cabeza de negro, y maternalmente le dice: — Toma para tu niña. Esto la divertirá en el colegio.

El *suk*, gallarda reducción de uno de los bazares de Túnez, despide el sol, como un reflector, de sus encaladas paredes, y las ventanas verdes, azules ó rojas, las columnas abigarradas de los mismos colores alegran la



Vendedores de buñuelos del Suk

y hace sonar y revolotear sus artículos al rededor de nuestra cara riéndose de una manera burlona.

En los reductos inmediatos, algunos carpinteros recortan y pulen madera blanca y los pintores adornan las frágiles láminas con ese oropel tan abundante, y ese azul celeste, y ese rojo vivo ó pálido, cuyo conjunto da á la pintura tunecina la tonalidad amanerada y reluciente tan estimada en los pueblos aun niños.

En otro sitio, guarnecen los bordadores y sobrecargan de hilillo de oro y de plata, de lentejuelas, de diminutas medias lunas, de sutiles laminillas, sillas de montar, bolsillos, cinturones, portamonedas, vestes de terciopelo amatista ó azul, siempre el azul.